



ALFREDO CASTRO

EL DELIRIO Y LA CAUTELA

TIENE DOS CARAS. SU LADO FRÁGIL Y EMOTIVO, QUE SE DESPLIEGA EN LA VIDA ÍNTIMA, CON SUS MUJERES: LA ACTRIZ TAIRA COURT Y SUS HIJAS, YMARA Y AGATHA. Y EL MÁS PÚBLICO: DONDE PONE SU INTELIGENCIA Y PROVOCACIÓN EN CADA PIEZA TEATRAL QUE DIRIGE. Y ASÍ SE CONFIRMA EN *MANO DE OBRA*, UN RELATO CRUDO BASADO EN LOS TEXTOS DE DIAMELA ELTIT.

POR CAROLA SOLARI. FOTOGRAFÍAS: ÁLVARO DE LA FUENTE.



Alfredo Castro es un hombre con silencios. De repente calla y se va, lejos. Quizás a ese lugar donde habitó en su infancia de niño tímido y melancólico que hablaba poco, por no decir nada. "En esa delgada línea donde se junta y confunde el sueño y la vigilia es donde habita un creador".

Y él lo es. Llegó al teatro, inspirado de alguna manera por su padre médico, "con vocación de servicio", al que sus pacientes le agradecían la dedicación, mandándole de regalo para Navidad sacos de papas o cajas de frutilla. A su manera, él quería imitarlo conjugando otros verbos: aportar, intervenir, provocar.

Su provocación, aclara, no es asunto de ego ni un plan preconcebido. Es lo que le sale para afuera cuando decide hacer teatro.

—Creo que si uno se pregunta por qué, la respuesta es que corresponde a una forma de pensar. No es que mi vida sea desquiciada, al contrario, soy muy cauteloso: sé exactamente cuánto pagué de gas o a qué hora se acuestan mis hijas. Creo tener una vida bastante centrada. Pero, efectivamente, deliro en el teatro.

Y se lanza a recordar un episodio ocurrido en Francia, en plena gira de la obra *Eva Perón*, donde él encarnaba a la diva. En el monólogo final, cuando ella reclama que la abandonaron, que la llevaron a desarrollar un cáncer, con los brazos abiertos sobre el escenario, se preguntó: ¿qué hago acá? "Entonces me di cuenta de que lo que me emociona no es el texto, es estar parado ahí sudado entero, lleno de sangre, baba y mocos. Lo que me conmueve es el acto teatral, no la obra en sí. Ser atravesado por esa energía es lo más lindo que a un actor le puede pasar".

Tiene 45 años y 25 de oficio, en los que ha trabajado profusa y obsesivamente. Ha ejercido la docencia, ha hecho teleseries encarnando personajes que ya forman parte del inconsciente colectivo, como el avaro Ernesto en *La Fiera*. Y, por supuesto, ha forjado un camino como director de teatro, montando con la compañía Teatro de la Memoria *La Manzana de Adán*, *Historia de la Sangre* y *Los Días Tuertos*, entre otras.

La más reciente, en cartelera desde octubre y hasta fines de enero, es *Mano de Obra*, pieza que explora cómo los empleados de un supermercado son explotados y denigrados en su trabajo, siempre amenazados por el temor de la cesantía.

—Cuando elegí esta obra, revisé qué estaba pasando a mí, al teatro, al país. Desde hace muchos años que con la Diamela veníamos pensando en hacer algo juntos. Ella me cala, motiva, apasiona. Entonces dije: 'este es el momento'. El contenido tiene que



ga qué brutalidad, como esas dos señoras. Lo peor que le puede ocurrir a una obra es que el público tome con indiferencia, que salga del teatro y ya se olvide inmediatamente.

ALFREDO CASTRO TOMA CAFÉ CORTADO Y FUMA. Reclama contra las pequeñeces del día a día. Su computador se echó a perder, el técnico le pidió unos *diskettes*, que no tenía idea dónde estaban. Eso lo ofusca. "Estoy mal preparado para la vida cotidiana. Hay cosas que intento y no me resultan. Es lamentable que sea tan caótico, que no pueda tener ordenados los papeles o las cuentas. A mí esas tonteras me agobian".

Hace cuatro años, ya cumplidos los cuarenta, su vida dio un vuelco. La transformación vino de la mano de una mujer. Aquella que en *Mano de Obra* se tambalea sobre el escenario, con un vestido rojo ajustado y una bandeja con una copa de champagne que sostiene con la mano. Es Taira Court, la actriz rubia y delgada.

—Estaba triste como un perro. En ese tiempo, me había comprado una casa en Ñuñoa enorme, con muchas piezas, un patio con palmera, higuera y hasta una casa en el árbol. Y vivía solo. Me bajó la angustia porque dije 'por qué me la compré si no tengo a nadie, me voy a morir solo, ya se me pasó la vieja, mis amores no funcionaron'. Y de repente encontré a la Taira.

Ella fue una aparición. Estaba en la escuela donde hacía clases, cuando vio pasar a la estudiante de diseño. Ella tenía la misma atmósfera que una niña de la que se enamoró en la playa a los siete años. "Era preciosa, como la Taira". Cuando la vio pensó que era el amor de su vida, la mujer con que siempre soñó. "Ella llenó mis fantasías más profundas en cuanto a lo que es una mujer".

—¿De qué manera la abordó?

—Un día la invité a que me hiciera las luces en un examen para poder estar más cerca de ella, y ahí me contó que era casada y tenía una hija. Me enojé. Le dije 'cómo puedes ser casada, si eres tan joven'. Ahí me aparté porque no quería meterme en líos. Además, que ella tenía unas compañeras muy perversas. Se sentaban detrás mío en la escuela y comentaban: 'La Taira es tan feliz en su matrimonio'. Luego ella se fue con su marido a Inglaterra. Me dejó unas cartas que nunca me entregaron, se fue a despedir de mí, yo estaba haciendo clases y entonces me dejó recado con mi asistente: él nunca me dijo nada, ¡mi asistente, que se sentaba al lado mío, se quedó callado!

—Fue un complot en su contra.

—No sé qué pasó. Era como si la realidad no se pusiera de acuerdo con nosotros. Ella se fue, yo no supe de ninguno de estos gestos y pensé que la había perdido. Me quedé con la idea de que estaba bien en su matrimonio, pero no era así, porque allá terminaron.

—¿Le había confesado su amor?

—No, porque los dos somos bien especiales. Un día le regalé un libro y le puse una tarjeta con un cuadro de Klimt que se llama *El Amor*. Ella es igual de defendida que yo. Miró la tarjeta y me dijo: '¿qué significa esto?'. Casi me muero. Todo era así, raro, hasta que nos empezamos a sincerar. Eso ocurrió cuando volvió a Chile.

Pololearon dos años y vivieron seis meses juntos. Hasta que decidieron casarse. Entonces su vida se llenó de mujeres, incluida una nana. Porque Taira tenía una hija, Ymara, y juntos tuvieron otra,



'EL CONTENIDO DE MANO DE OBRA TIENE QUE VER CON LO QUE ESTÁ PASANDO: EL LIBRE MERCADO, LO QUE ME SUCEDE EN LA TELEVISIÓN DONDE SOMOS TRATADOS COMO UN PRODUCTO, CUÁNTO VALES, CUÁL ES TU PRECIO. ESO ES SUCIO Y ME MOLESTA. YO NO ESTOY A LA VENTA'.

ver con lo que está pasando: el libre mercado, lo que me sucede en la televisión donde somos tratados como un producto, cuánto vales, cuál es tu precio. Eso es sucio y me molesta. Yo no estoy a la venta.

La obra es fuerte, lo que se explica porque reúne dos intensidades: la de Diamela Eltit y la de Alfredo Castro. A ella pertenece cada palabra o más bien garabato, porque los personajes están en un permanente estado alterado. Vapuleados, humillados, furiosos, disparan contra el sistema, contra sus pares y contra sí mismos.

—Es muy linda la razón por la que ella utiliza ese lenguaje. Plantea que como ha sido devastado todo el sistema de sindicatos que existía en el Chile antiguo, entonces la gente no tiene un discurso estructurado para defenderse. Si le preguntas a un tipo por qué acepta trabajar 15 horas diarias y te pones a hurgar ahí, va a terminar diciendo una sarta de chuchadas.

Y no faltan las reacciones. Cuenta riendo una anécdota. Ocurrió hace pocos días, en medio de una función. Dos señoras 'pitucas' estaban en el público y reclamaban en voz alta que lo que veían era un espanto. Se fueron muy enojadas y al día siguiente llamaron al teatro para hacer sus descargos.

—Me interesa que la gente reaccione. Que sienta. Que asista en silencio, que abra los ojos, que di-



'NO PUEDO SOPORTAR A UN ACTOR QUE NO TRANSPIRE, QUE NO SALIVE, NO LLORE. YO HE TENIDO CRISIS POR ESTE CUENTO. CUANDO ERA JOVEN ME RALLABA, NO TENÍA UNA DISTANCIA ENTRE REALIDAD Y FICCIÓN, ENTONCES PERDÍA EL RUMBO. AHORA PUEDO ENTREGARME CON PLENITUD A ESAS EMOCIONES SIN NAUFRAGAR'.

Agatha. "La verdad es que ellas llenaron mis sueños", dice mientras explica que su familia era bonita y siempre había querido reconstruir esa sensación de infancia. Por eso, hasta la llegada de esta mujer, estaba mal, "había dado por perdido el amor en mi vida y eso siempre es súper duro".

—¿Qué cosas le sucedieron cuando se convirtió en padre?

—Empecé a sentirme vulnerable. Siempre he sido un hombre con miedo y ahora tengo más. Son aprensiones propias de los padres viejos. Que a las niñas les pase algo y les pasan cosas. La Ymara hace dos años se cayó de la micro escolar. Entonces uno confirma sus temores con la vida cotidiana.

—¿La cotidianidad con la familia le ha resultado difícil?

—Lo que molesta son las imposiciones sociales, lo que se supone que los padres deben hacer. De eso hay que saber salirse. Uno tiene que ser capaz de decir: 'me aburren los niños'. Son mis hijas, las adoro, son preciosas, pero es así.

Taira estudió actuación, un viejo sueño que ella tenía pendiente, y que él la alentó a realizar. "Evidentemente ella ha crecido y va a seguir creciendo como actriz en la medida que trabaje conmigo. Es un acto de amor increíble estar con tu pareja y enseñarle". Ahora trabajan juntos. Ella adapta los textos de las obras. "Es bonito porque conoce mi olfato, la estética, las frases que me gustan. Es súper asertiva. Ha sido un complemento maravilloso".

TIENE ALGUNAS IDEAS LOCAS. Así las califica él. Como que el espacio escénico es una prolongación del cuerpo, mientras los actores son como órganos que se añaden a este ser vivo.

—Para mí la actuación es muy orgánica, muy física. No puedo soportar a un actor que no transpire, que no salive, no llore. Yo he tenido crisis por este cuento. Cuando era joven me rallaba, no tenía una distancia entre realidad y ficción, entonces perdía el rumbo. Ahora puedo entregarme con plenitud a esas emociones sin naufragar. La *Eva Perón* fue la última cosa actuada y fue muy intensa. No quise poner una barrera entre el personaje y mi persona. Entonces sentía que la *Eva Perón* era yo.

El inconsciente ha sido una fuente de exploración personal y material para su trabajo profesional. Veinte años estuvo en terapia. "Me investigué por todos lados, pero no me sirvió de nada porque quedé igual de loco". Lo considera un aprendizaje.

—Tengo la sensación de que mi trabajo está súper atravesado por el psicoanálisis. Me ha servido. Tengo harta facilidad y apertura para encontrar textos, por ejemplo. En eso soy medio pretencioso, pocas veces me equivoco con las obras que elijo. Tomo las que me resuenan. Son dinámicas personales, pero que tienen que ver con lo que pasa a mi alrededor. La realidad es mi fuente e inspiración constante.

—¿Es vanidoso?

—Nunca me funcionó porque caché que no iba por ese lado mi cuento. Nunca calcé por físico ni

sensibilidad en el prototipo de galán. Siempre supe que para mí iba a ser un camino esforzado, que en la práctica iba a tener que demostrar que tenía una vocación y un talento. Y así fue y así tiene que ser. La vanidad ahí no cuenta, no tiene entrada.

—¿Ha tenido crisis creativas alguna vez?

—Muchas. Cada vez que se presentan, vuelvo atrás, al origen de por qué estoy acá. Me voy a 1973, a mis 18 años, cuando me metí a estudiar teatro porque quería colaborar con este país en algo. No tuvo que ver con la dictadura, aunque después se sumó. Porque yo no participé de la efervescencia artística de la Unidad Popular porque era muy joven y venía de un medio burgués.

—No tomó partido, entonces.

—Quise, pero no resultó. Imagínate lo grande que era mi ingenuidad que fui a inscribirme al Partido Comunista. Llegué a la sede, al lado del cine Santa Lucía, hice la cola y cuando me tocó el turno dije que me venía a inscribir. La pobre cabra que me atendió se murió de la risa. Y me dijo: 'para inscribirse tiene que presentarlo alguien'. Me paré furioso y muerto de vergüenza. Porque yo, que era enfermo de tímido, a quién conocía: a nadie, si era solo.

—En 25 años de oficio, ¿le ha pasado encontrar su propio techo, sentirse estancado, que no puede avanzar más?

—Sí y es atroz, muy duro. Uno topa varias veces, después de cada obra uno se pregunta qué más hago, qué estética queda por explorar. Ese terror es súper fuerte.

—¿Cómo se sobrepone?

—Sabendo que es inmovilizante y no que puedo detenerme frente a eso. Que tengo que volver a estudiar. Leer es una cosa constante que me emociona mucho. En la medida que vuelvo a sentir, digo no está todo terminado, hay mucho por hacer. Siempre hay un lugar donde ir: en la pobreza o en la riqueza. El amarre viene cuando uno se hace esclavo de una de las dos y no soy adicto a ninguna. Me dedico a hacer mi trabajo y sé que voy a sobrevivir, como sea. ■